

Jornadas cistercienses internacionales, Clairvaux

2 de junio 2005

Misa de apertura

Homilía

Juan 20, 19 – 23

Comenzar este tiempo de asamblea y compartir con la Misa de Espíritu Santo, es una manera de decir que piensan ya en el “futuro”, a lo que debe llevarse cuando se deje la sombra del monasterio del *Clairvaux*. En efecto, el Evangelio que es aquel día del día de Pentecostés, nos recuerda que, si Jesús ha prometido a sus discípulos de darles el Espíritu Santo que les hará comprender todas las cosas, esta promesa ha estado siempre ligada a un envío en misión. El Espíritu Santo no lo reciben para ellos mismos, para satisfacción espiritual, sino que lo reciben para hacer nacer y crecer en sus corazones un impulso misionero, para empujarlos hacia todos los caminos del mundo, a fin de anunciar la Buena Nueva de Cristo viviente que da la vida a todo hombre.

Colocar sus jornadas bajo la moción del Espíritu Santo es pues decir de manera muy clara lo que quieren hacer de ellas, la orientación que quieren darles. Es decir, que no van a hablar simplemente de la emoción espiritual que les procura la fidelidad a *San Bernardo de Clairvaux*, sino más bien de la manera de la cual ya él les pone en ruta y de la cual él les invita a ser siempre testigos del Evangelio en medio del mundo. *Bernard de Clairvaux* encarna de manera particularmente remarcable la figura aparentemente paradójica del contemplativo-apóstol. Al corazón de una vida regular centrada sobre la oración y el trabajo, a la escucha de la Palabra de Dios, él ha comprendido que su vocación monástica no era una vocación centrada en sí mismo, sino de testimonio que Cristo venía a su encuentro en la oración y la soledad para ponerlo en la relación con el mundo entero en espera de las promesas de Dios. ES de esta manera que les invito a comprender las jornadas que van a vivir. Por cierto, es bueno reunirse dos o tres para acoger a Cristo y compartir la felicidad de estar con Él; pero al día siguiente de su resurrección, Él no quiere sino una sola cosa para completar la misión que ha recibido del Padre, es ponerse en relación con los hombres que buscan a Dios de mil maneras, a fin de hacerles saber que, en Jesucristo, Él viene a ellos.

La mayoría de entres nosotros viene del mundo. Es importante que no dejen el mundo a la puerta del *La Grange*. El mundo les espera no mañana sino hoy. Que cada una de las actividades que realizarán durante estos días sean animadas de un proyecto misionero, es decir, que ellas les aproximen al mundo del cual vienen y que ella profundice su fraternidad.

Si continuamos nuestra meditación del Evangelio de Pentecostés, no faltaremos a notar que este envío de los discípulos está en relación con el don de la paz y la obra de reconciliación. Teológicamente se puede expresar por diversas fórmulas lo que es la Obra de la salvación de Cristo. Él mismo lo expresa de una sola manera. Ella es el don de la “paz”. Bien entendida, la paz de la cual habla aquí Jesús es otra cosa diferente de la paz obtenida por nuestras negociaciones humanas. No se trata de cesación provisional de conflictos y de divisiones, sino

de restauración definitiva del hombre en armonía con la cual Dios la había querido en su proyecto creador.

La Obra de Cristo es volver a poner el hombre de acuerdo con él mismo, con el mundo, con Dios; y los apóstoles son enviados para ser los continuadores de esta construcción de la persona y de la relación entre ellas, en reacción a un mundo desgarrado y sin proyecto.

La fidelidad al espíritu de Pentecostés pide que una tal preocupación esté en el segundo plano de su encuentro. Para esto también pueden sacar de la fuente de *San Bernardo*, el apóstol de la Paz quien ha combatido para que todos, incluidos los más reprobados, tengan un puesto en el concierto de la humanidad.

Su primera preocupación no debe ser el bienestar de su grupo, sino el encuentro fraterno con los hombres en medio de los cuales viven, la acogida respetuosa y sin exclusión de ninguno. En su oración y compartir de estos días pudiera prevalecer el profundo deseo que cada uno encuentre el camino de la rehabilitación de sí mismo en un mundo difícil y desgarrado, gracias a la acogida fraterna de aquellos que han escuchado a Jesús decirles **“la paz esté con ustedes”** y que son considerados enviado para compartir esta buena nueva.

Lo que Jesús deja entender a los suyos, es que, para ser sus apóstoles, es necesario que ellos sean artesanos de reconciliación y Él les da la misión de reconciliar a los hombres con Dios y entre ellos. Pues no es suficiente prodigar buenas palabras sobre el amor y el respeto que debemos tener los unos para los otros. Se trata concretamente de sacar a los hombres de sus encerramientos, de liberarlos de su falta de estima de ellos mismos, de su fatalismo, de atacar los prejuicio y condenaciones fáciles, se trata, en una palabra, de ser artesanos de rehabilitación para aquellos que están caídos, de ser destructores de muros que se levantan entre las personas, de ser sembradores de esperanza en el corazón del mundo.

Se espera de ustedes que no sean solamente propagadores de la espiritualidad de *San Bernardo*, sino como él, propagadores activos del Evangelio de paz, de justicia y de reconciliación.

Permítanme expresar un voto, que salgan de estas jornadas con un programa de acción evangélica y la resolución de ponerlo por obra. Entonces no tendrán más necesidad de pedirles cómo hacer para que *San Bernardo de Clairvaux* sea más conocido.

+ Marc STENGER
Obispo de Troyes